

mos decir que químicamente pura—con un nuevo anhelo: el de retenerla, expresarla y eternizarla.

\*\*\*

No pensemos, pues, que esa verdadera interpretación que perseguimos, ha de estar avalada, de un modo exclusivo o definitivo, por razones o influencias que procedan directamente de causas técnicas aunque con una posible personalización; pero es indudable que éstas contribuyen, al menos, a determinar la preponderancia de qué elementos, subjetivos u objetivos, pueden servir para orientarnos en el establecimiento de la filiación de una mente en plena actividad influyente. Es claro que nos engañamos muchas veces, sobre todo, cuando dirigimos nuestra investigación por métodos que excluyan intransigentemente las libres aportaciones del espíritu del espectador, aún con todas las taras que les impongan otras influencias intelectuales y sentimentales. En estos casos, llegamos hasta a deshumanizar la obra, o, por lo menos, la dejamos desprovista, en gran parte, de esa humana esencia que necesita para actuar en nosotros, haciendo precipitar nuestras operaciones analíticas en verdaderos prejuicios y tópicos, que representan la miseria espiritual.

No es extraño que aquel que se propone polarizar los haces luminosos que nos tiende el arte de Morales, o no alcanza a desprender su atención de su minuciosa técnica realista, hecho que, lo mismo se da en su más frívolo o erudito espectador, quede absorbido por esta casi física e impersonal particularidad y por sí misma claramente demostrativa de la impotencia expresiva, al propio tiempo que pasa sobre su idealismo, sin haber sabido captar lo que de original, de personal, lo que de sincero y medular se encuentra en él. El idealismo en el *Greco* no es suficiente, con ser extraordinario y hasta excepcional, a borrar el crudo realismo de su técnica, hasta el punto que no es extraordinario que su visión, alguna vez, se haga, para ese espectador lleno de limitaciones, desagradable y repelente.

—¡Ah!—se podrá objetar—; es que ese realismo de Morales o ese idealismo del *Greco* son elementos básicos de su idealismo y realismo respectivamente. Indudable es que deba ser así y esto tiene que ocurrir siempre que la captura concienzuda y desmenuzadora de la realidad, o la representación impersonalmente correcta del mundo real se impongan, tanto por una necesidad técnica de expresión, como por otra más insoslayable, si cabe, de raigambre espiritual.

Donde empieza y donde acaba cada una de estas necesidades, es muy difícil de determinar. Lo cierto es, que llegan a confundirse tan completamente, entre los problemas personales y conflictos íntimos, que la creación del valor estético supone, que ambas concluyen por contribuir a darle esa única dirección que éste exige. Como Polifemo, hemós de servirnos de un solo ojo, para abarcar visiones infinitas, con la ilusión puesta en recoger a todas en un solo rayo luminoso.

## Romance del hilandero

El tiempo en devanadera,  
devana que te devana.

Hilandero de mi vida:  
hilandero de la nada.  
Con el huso de mi amor  
y la rueca de mis ansias,  
hilando voy la existencia,  
corta en risa, en llanto larga...  
Hilo la tierra que piso  
y el cielo que no se alcanza.  
¿Realidades? ¿Ensueños?  
¡Hilandero de la nada!

Y el tiempo con su tarea  
devana que te devana.

Los recuerdos son los hilos,  
la ilusión copo de lana.  
¡Ya tengo muchos ovillos  
en el almacén del alma!  
Ovillos de alba alegría  
con tornasoles de lágrimas.  
Y no agoto los vellones  
que renueva mi esperanza.  
Mientras dure mi existencia  
entre placer y desgracia,

y el «ayer» siembre en el «hoy»  
las cosechas del «mañana»;  
mientras haya un entresijo  
donde oculte enamorada  
una ilusión su tesoro,  
una idea su bonanza,  
una pasión su nobleza,  
un anhelo su gallarda  
altitud y una emoción  
su encendida fuerza humana...

Mientras no remate el tiempo  
la tarea en que se afana...

Mientras tenga huso y rueca...  
Con mi amor y con mis ansias,  
—el alma fija en el cielo  
y en tierra mi carne anclada—  
haré ovillos del pecado,  
y madejas de la gracia,  
para que me teja el mundo  
la veste de mi mortaja.  
Hilandero de mi vida  
seguiré hilando la nada...

Y el tiempo—tan imposable—  
devana que te devana...

FERNANDO BRAVO